

ciones espirituales tengan un valor absoluto é imperecedero. Cuanto más se eleva una religión por encima del nivel de la religión natural, más concuerda con la ciencia: un Dios que hace milagros, es un Dios natural y no un Dios de la religión moral. La evolución del cristianismo no ha evitado la vuelta á la religión natural. Pero el papel final del cristianismo—según los dichos de su fundador—es lograr la victoria sobre todos los elementos de la fe religiosa, capaces de ahogar el contenido moral de las ideas religiosas. Cristo, sobre todo, si se le concibe, no como Dios, sino como hombre, permanecerá siendo siempre el tipo moral completo; pero, al mismo tiempo, será el testigo del principio y del fin del mundo, principio y fin impenetrables é idénticos, por lo tanto, al ideal moral.

La filosofía de Wundt, tal como intenté caracterizarla, puede ser considerada como el pensamiento típico de nuestra época. En aquello en que tiene necesidad de rectificación, indica, por sí misma, los puntos de vista y métodos aplicables para ir más lejos.

Tal sucede cuando Wundt quiere «completar» la ciencia experimental por medio de elementos metafísicos y religiosos. Por mucha energía que emplee en conservar y desenvolver un punto de vista puramente objetivo, factores subjetivos recaban valor propio y exigen una investigación más precisa. El objetivismo, que en ciertos puntos se transforma en una mística, no es solamente la fuerza de Wundt, es también su limitación.

II

Roberto Ardigó.

II.—Roberto Ardigó (1)

1.—LA FILOSOFÍA ITALIANA DESPUÉS DEL RENACIMIENTO

En mi *Historia de la filosofía moderna*, sólo tuve ocasión de hablar de filosofía italiana en la época del Renacimiento. Únicamente en este período el pensamiento italiano se manifiesta con una originalidad y atrevimiento tales, que pueden darle una significación para la evolución general de la filosofía. El espíritu que había animado en la antigüedad á Pitágoras y á los Eleáticos, y que inspiró á Lucrecio su gran poema didáctico, revivió en Pomponazzi y en Telesio, en Giordano Bruno y en Galileo. Pero el movimiento del Renacimiento italiano se detuvo, después de la muerte de Giordano Bruno, en la hoguera, y después de las abjuraciones de

(1) Las obras de Ardigó comenzaron á ser conocidas en España por traducciones parciales hechas por la *Biblioteca Sociológica internacional*. Están traducidas: *La ciencia de la educación*, dos volúmenes; *Lo verdadero*; y se anuncian: *La unidad de la conciencia*, *La razón*, *Lo incognoscible de Spencer* y *el Noumeno de Kant*. Convendría emprender de una manera más sistemática y activa la traducción de las obras de este filósofo latino, que ocupa una posición intermedia, por la forma de su desenvolvimiento mental, entre Hegel y Spencer. Su discípulo Marchesine, autor de las obras *El simbolismo*, *El dominio dello Spirito*, etc., acaba de publicar un estudio biográfico, expositivo y crítico sobre Ardigó.—(N. del T.)

Galileo, provocadas por la amenaza y el miedo. En los siglos posteriores, sólo se pueden citar algunos nombres que tengan interés para la filosofía, por ejemplo, Juan Bautista Vico († 1744), precursor de la sociología moderna. A fines del siglo XVIII, la filosofía francesa ejerció una gran influencia, y en torno á Romagnosi († 1835) se reunió un grupo de discípulos entusiastas. Hacia mediados del siglo XIX, el movimiento filosófico adquirió un carácter distinto, formando estrecha alianza el entusiasmo religioso, nacional y filosófico, asociados. Las tendencias liberales y unitarias se agitaron con fuerza en una legión de eclesiásticos jóvenes, que se familiarizaba con el sueño de una gran armonía entre la religión y el pensamiento, la Iglesia y el Estado, y que creían en la posibilidad de que la Iglesia fuese el cerebro del *rissorgimento* nacional. Así como en la época del Renacimiento el entusiasmo por la libertad de Italia formaba el fondo de la filosofía política de Maquiavelo, del mismo modo animó las especulaciones de Rosmini († 1855) y de Gioberti († 1852). La filosofía era una especie de platonismo, que tenía por base la fe en una verdad eterna superior á toda experiencia. La filosofía era para ellos, por una parte, una introducción á la religión, una especie de teoría del *logos*, y por otra, un elemento de patriotismo.

La diferencia entre estos dos platónicos modernos, consiste, sobre todo, en que Gioberti admite una intuición inmediata de la verdad ideal, mientras que Rosmini (como Schelling en su última doctrina) sostiene, que el pensamiento sólo conduce á un sistema de posibilidades, y haciéndolo así, se avecina más á la filosofía crítica. Mamiani († 1855) desarrolló el idealismo italiano en un sentido que garantizaba á la experiencia una influencia mayor, y bajo esta forma intermediaria fué como el idealismo reinó por espacio de cierto tiempo en las universidades italianas.

El ritmo, que con tanta frecuencia aparece en la evolución de las ideas filosóficas, se manifiesta de un modo característico en el papel que la corriente positivista desempeñó en

Italia durante la última generación. Causas diversas determinaron este cambio en el gusto filosófico. Italia había logrado su unidad y su libertad, de modo que había ocasión para gustos científicos especiales; el entusiasmo ideal podía separarse del trabajo real. Al mismo tiempo, gracias á los escritos de Comte y de Mill, la moderna filosofía francesa é inglesa comenzaba á dejar sentir su gran influencia; Villari aplicaba á la concepción de la historia las ideas fundamentales del positivismo; Angiulli les daba valor en el campo de la psicología y de la pedagogía. A esto hay que añadir, además, la influencia de la física contemporánea. Por otra parte, la Iglesia católica adoptaba una posición cada vez más hostil á toda filosofía que no se ajustaba estrictamente á las fórmulas del pensamiento medioeval. Los discípulos de Rosmini y de Gioberti eran perseguidos entre el clero. ¡Se iba tan lejos, que se decía ser preciso reintegrar la civilización á la concepción católica, de la cual se había separado durante los tres últimos siglos! En 1864, Pío IX publicaba el *Syllabus*, un catálogo de errores de la época, entre los cuales se incluían la libertad de conciencia, el naturalismo y el racionalismo, pero principalmente la idea de que el método y los principios de la teología escolástica no están conformes, ni con las exigencias del presente ni con los resultados de la ciencia. En 1879, el Papa León XIII declaraba en una encíclica, que la filosofía de Tomás de Aquino es un auxiliar divino, que debe servir de base á todos los maestros, y que hay que emplear en la refutación de los errores contemporáneos. Más tarde, en una circular á los obispos franceses (1899), condenaba especialmente la filosofía crítica (1).

Así, no solamente habían desaparecido los motivos de

(1) Para la historia de la filosofía italiana anterior á Ardigó. Luis Ferri, *Historia de la Filosofía en Italia en el siglo XIX* (París, 1869). Alfredo Espinas, *La Filosofía experimental en Italia* (París, 1880). En el manual de Harberweg se encuentra una idea general, redactada por Luis Credaro. Relativamente al

esta armonía intelectual, que los filósofos habían creído conseguir y se habían esforzado por realizar hacia mediados del siglo pasado, sino que, además, la oposición entre la Iglesia y la Ciencia se había fortificado tanto á causa del desenvolvimiento del pensamiento, cuanto por la tentativa hecha por la Iglesia de retrotraerlo á tiempos pasados.

En medio de estas circunstancias es como Roberto Ardigó, en la soledad del claustro, se transformó de católico ingenuamente creyente y patrióticamente inspirado, en un positivista enérgico. Su evolución y su punto de vista, no solamente ofrecen interés como síntomas de la época, sino que también son importantes para la discusión de los problemas, ya por la fuerza de pensamiento y talento psicológico, ya por el cambio particular que sufrió el positivismo entre sus manos.

2.—LA EVOLUCIÓN DE LAS IDEAS DE ARDIGÓ

Ardigó nació en 1828, en las cercanías de Cremona. Su padre, campesino acomodado, le trasladó á Mantua para que su hijo pudiese estudiar. Su madre era una católica piadosa, y Ardigó nos habla de ella con mucha frecuencia en sus escritos, con profundo reconocimiento. Gracias á su influjo se hizo sacerdote. Después de la muerte de sus padres, el obispo Martini lo atrajo á sí y le hizo canónigo de la catedral de Mantua. En su soledad estudió con ardor la filosofía escolástica y la ciencia contemporánea, íntimamente persuadido de que los errores contemporáneos debían dejarse refutar. Pero lentamente se forjó en su fuero interno un edificio de ideas completamente nuevo—más perceptible por los que le rodeaban que por él mismo—y concluyó en un momento dado por apercibirse de que ya no podía con la doctrina dualista de la Iglesia, sino que creía en una gran continuidad de todas las cosas. Uno de sus libros (*La morale dei positivisti*, II,

hecho de poner en el índice al criticismo, consúltese á Rodolfo Eneker, Tomás de Aquino y Kant, un combate entre dos mundos, Berlín, 1901.

3, 2, en un capítulo en que trata de la posibilidad de una moral sin religión), nos habla de esta ruptura de una manera interesante.

«Las enseñanzas y los ejemplos de mi madre, que era una sencilla y pobre aldeana, hicieron nacer en mi alma, y agrandar en ella, al mismo tiempo que la vida, la fe y la práctica de la religión. Hoy mismo no puedo recordar la sublime ingenuidad del sentimiento religioso de mi madre, sin experimentar el mayor entusiasmo y la más dulce emoción. La imagen fiel de este sentimiento sobrevive hoy en una de mis hermanas, que no ha podido adquirir cultura, ni en las escuelas, ni en la alta sociedad, y yo respeto en ella esta imagen con tanta devoción como si fuese una cosa sagrada. Esta religiosidad infantil se fortificó en mí, más tarde, de un modo extremado, cuando viví con Monseñor Martini, en cuya compañía pasé más de veinte años. Se había encargado de mí después de la muerte de mis padres: me dió el pan que me faltaba, y me hizo posible la carrera... Él, que creía que la ciencia y la sinceridad de espíritu eran las bases y el alma de la religión, me profesaba afecto, porque me veía apasionado por el estudio y con un carácter sin doblez. Esperaba que pudiese ser un día útil á la Iglesia, contra la religión ignorante, supersticiosa, beata é hipócrita, que detestaba... Me consagraba con toda el alma (fuera de los estudios de las ciencias naturales y de la filosofía, que nunca abandoné) á la teología, sobre todo á la dogmática y á la apologética. Me formé una biblioteca de Padres de la Iglesia y teólogos, y pasé en el estudio de algunos, especialmente en el de la *Suma teológica* de Santo Tomás, los años más frescos y más valientes de mi juventud. Por añadidura, aún escribí y publiqué también un tratado sobre la confesión contra los protestantes. Solo que el resultado de mis estudios fué completamente contrario á lo que yo pretendía y esperaba. Poco á poco la duda, que por todas partes se había infiltrado ya desde mis más tiernos años, procurando combatirla siempre con una reflexión y un estudio ininterrumpidos, y creyendo

durante mucho tiempo haberla vencido por la razón, la duda, en un momento dado, quedó sola y sin contraste, y en un día dado apareció ante mi espíritu presa de asombro, como una convicción definitiva y una certidumbre inexpugnable. ¡Cosa extraña! Hasta este día me había esforzado plenamente por perseverar en mi vieja fe religiosa, y en lugar de esto, á mi pesar, debajo del sistema de ideas religiosas, frutos de tantas fatigas y de tantos años, se había desenvuelto y completado en mí el sistema positivista. Y este sistema, para mayor asombro mío, lo encontré ya completo é inmoviblemente instalado en mi espíritu, en el propio momento en que un razonamiento último—estaba yo entonces sentado en una piedra detrás de un arbusto situado en el jardinillo que me había hecho junto á la casa de canónigo que habitaba—rompió el último hilo que me tenía preso á la fe. Entonces me pareció de repente que no había creído nunca en mi vida y que jamás había hecho otra cosa que aplicarme á cultivar en mí la pura tendencia científica. Y esto provenía, á mi parecer, del mismo celo con el cual, desde el principio hasta el fin, procuré siempre conocer lo mejor posible todas las razones que militan contra la religión para encontrarme en condiciones de creer con una conciencia recta y proteger mi fe contra sus ataques.»

Ardigó añade que el paso que dió después de este descubrimiento fué acompañado de dolor y de melancolía, producidos por el recuerdo de su madre, y á causa de sus relaciones con su protector. Pero su voluntad se templó en esta lucha, al salir de la cual la religión se le presentó como un recuerdo poético. Y sintió que el ideal moral no se había debilitado; al contrario, á partir de este momento, quedó aún más convencido de que los verdaderos bienes son los que se adquieren siguiendo la ley de la conciencia en una actividad útil y consagrándose á los trabajos del pensamiento.

Entonces comenzaron para Ardigó algunos años penosos. Tuvo que ganar su vida dando lecciones, y sólo después de muchos años un ministro de Instrucción pública, liberal, le

nombró profesor de Filosofía en Padua (1881). La corriente de su doctrina no solamente estaba en lucha con la teología, sino también con la que bajo la influencia de Mamiani reinaba en las universidades italianas. Su enseñanza ha producido una impresión durable y suscitó un gran entusiasmo, que se ha revelado en una expresión de homenaje público, en un libro de oro impreso con ocasión de su septuagésimo aniversario (1898).

El problema esencial de Ardigó está estrechamente unido á su evolución personal. Ya en un discurso sobre Pietro Pomponazzi, en quien ve un precursor, discurso pronunciado en 1869, describe el pensamiento como una forma que nace sin que uno se aperciba de ello, y que al llegar á la madurez se manifiesta irresistiblemente. Era lo mismo que él había experimentado, y esto era para él un ejemplo del modo con que se verifica toda evolución. En su discurso inaugural (Padua, 1881) hace alusión á la marcha de su propia evolución, que le planteó un problema que reaparece en circunstancias mayores, de la misma manera que el movimiento de una molécula puede traer á la memoria la rotación del globo terrestre. Toda evolución consiste en pasar de lo indeterminado á lo determinado, pero de tal modo, que la continuidad permanezca intacta: la totalidad, que se revela de un modo más impreciso en el primer estado, debe subsistir siempre como una base que soporta las diferenciaciones que se producen poco á poco. El primer trabajo científico que se impuso fué escudriñar la evolución natural del pensamiento humano (*la informazione naturale del pensiero*). Este plan no ha sido desenvuelto del todo; los materiales que recogió encontraron en parte, sin embargo, aplicación en sus diversos escritos. Pero el punto de partida tuvo una importancia decisiva para su punto de vista.

Ardigó sostiene que ha llegado á su resultado sin la cooperación de los positivismos francés é inglés, que sólo conoció más tarde. Si su concepción de la idea de la evolución recuerda la de Spencer, hay, sin embargo, una diferencia, y es,

que Spencer se apoya esencialmente en la analogía de la evolución biológica, mientras que Ardigó se apoya, por el contrario, en la analogía de la evolución del pensamiento, formación natural la más maravillosa de todas (*la più miragliosa delle formazione naturale*). Ardigó se da á sí mismo el título de positivista. Pero, para él, lo esencial en el positivismo es tomar en la experiencia el punto de partida y no el punto de llegada. El positivista no se apresura en llegar á la conclusión; no quiere forjarse una idea, que pudiera servirle de piedra de toque; avanza, por el contrario, paso á paso, poco á poco, según se le muestra la verdad. Se trata de tener abierto el horizonte. Esta marcha de las ideas aparece principalmente en Ardigó, en lo que respecta al problema de la unidad del ser, en oposición de una parte al materialismo, y de otra á la tendencia en atenerse á una multitud de hechos aislados.

En su última obra (*L'unità della coscienza*, 1898) se declara en este sentido, sobre todo en lo que respecta al problema psicológico. Marchesini, uno de sus discípulos, parte de este punto de vista en un escrito especial titulado «La crisis del positivismo» (*La Crisi del positivismo*, Torino, 1898) para discutir la actitud de la filosofía de Ardigó frente al positivismo. Parece que el punto de vista de Ardigó tiene en este aspecto cierta semejanza con el punto de vista de Wundt. Por lo demás, ya Villari y Anguilli se habían propuesto criticar de una manera parecida las antiguas formas del positivismo.

3.—TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN Y TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

Los rasgos esenciales que Ardigó había encontrado en la evolución de la vida intelectual, los encuentra en toda la evolución natural. La evolución del pensamiento es para él el ejemplo de una ley del mundo. En su obra, que tiene por título *La formazione naturale nel fatto del sistema solare* (1877), desenvuelve más esta ley por el análisis de la hipótesis bien conocida de Kant y de Laplace, que considera como el modelo de una explicación científica. A decir verdad, esta obra

no debía ser más que un capítulo particular de la que proyectaba escribir sobre la evolución de las representaciones humanas.

Según la hipótesis en cuestión, el estado actual del sistema solar proviene de un proceso de disociación (*distinzione*), de partes más pequeñas ó de conjuntos menores, formados en la gran masa indistinta. Pero la totalidad primera no ha sido suprimida de hecho; la totalidad—lo indistinto (*l'indistinto*)— continúa existiendo aún, y sólo gracias á este hecho, podemos comprender cómo puede haber una influencia recíproca entre partes separadas (los cuerpos celestes): hoy, como antes de su separación, forman parte de un mismo todo. La persistencia de la indistinción es la razón de la solidaridad. Si se pregunta cómo las diversidades han podido salir de lo indistinto, Ardigó responde que se encontraban ya contenidas en el estado inicial, como posibilidades ó cosas en estado latente (*forza latente ó virtuale*); la forma especial sólo hubiera podido ser adquirida por un desenvolvimiento lento. Y confiesa que esta explicación no es más que una conclusión sacada de la experiencia. No podemos saber de antemano qué formas especiales ni qué partes especiales se desenvolverán ó saldrán del estado de confusión inicial; solamente la observación y la experiencia pueden mostrárnoslo. Ni las matemáticas ni la metafísica tienen poder para construir la naturaleza. Y la razón de ello es que la totalidad indistinta no se especializa «por sí misma», sino que tiene necesidad de condiciones extrañas, y, por consiguiente contingentes que no podemos prever para recibir sus formas y sus partes especiales. Pero lo que se desenvuelve así poco á poco, no es, sin embargo, otra cosa, que la equivalente á lo que se encontraba co-existiendo ya en el estado indistinto. El trabajo verificado por las causas anteriores está puesto en reserva en la substancia del universo, y es el que condiciona la posibilidad de efectos futuros (1). La continuidad que hay de este modo entre lo in-

(1) Las últimas advertencias sobre la equivalencia, están

distinto y las partes constituídas (*distincti*), es lo que expresamos con la palabra *naturaleza*. (*La natura è la continuità di una cosa contutti le altre. Form. nat.*, pág. 205.)

Ardigó ve claramente, sin embargo, la necesidad de inquirir en qué consisten, para hablar con propiedad, estas posibilidades ó «fuerzas latentes». Para él la posibilidad no es más que una realidad de la naturaleza, distinta de la realidad dada, y consiste en una actividad: *L'essere á attività (L'unità della coscienza*, pág. 479). La continuidad es una energía continua. Por esta razón, toda totalidad indistinta, todo Indistinto, conduce á un todo aún más vasto que aquel del que se ha segregado. La diferencia entre lo indistinto y lo distinto, como la que hay entre posibilidad y realidad, solo es relativa. Aquí no es posible llegar á un último término. Nos encontramos en una serie infinita. Pero la última palabra de la ciencia concierne á la relación fundamental de lo distinto á lo indistinto, y dice que todas las variedades, cualquiera que sea el lugar en que se presenten, salen de un todo y son abrazadas por un todo.

La teoría de la evolución, según Ardigó, se une estrechamente á su teoría del conocimiento. Toda explicación es una disociación, un análisis. Lo que hay que disociar permanece inexplicado. El pensamiento siempre está obligado á ir cada vez más lejos, á pesar de la inclinación que le conduce á detenerse en un finito distinto;—y lo que así empuja el pen-

en el otro trabajo, *La unidad de la conciencia*, pág. 410-413, que se publicó mucho más tarde que la *Formazione naturale*. No me parecen completamente precisas, porque si se admite que para que una «distinción» se produzca, además de las disposiciones interiores, es preciso que también estén presentes condiciones exteriores, entonces las formas especiales no tienen, para hablar con propiedad, sus equivalentes solamente en lo Indistinto, sino en las disposiciones de lo indistinto, en las condiciones exteriores. Lo que digo, en realidad forma parte de la teoría de Ardigó, si da todo Indistinto como límite y considera relativa la distinción entre lo distinto y lo indistinto.

samiento hacia adelante, es la misma infinitud de la naturaleza. Además, la naturaleza infinita es la misma energía en la ley propia del pensamiento lógico (1).

Que la ley del pensamiento ó de la explicación sea de este modo idéntica á la ley de la naturaleza, no es de extrañar, puesto que el mismo pensamiento es naturaleza ó formación natural con el mismo título que las otras cosas. Pero si el pensamiento es un hecho empírico como cualquier otro, y si no es en sí mismo más que un ejemplo de la formación natural, se hace entonces imposible explicar toda la naturaleza sacándola del pensamiento, como quieren la metafísica y la teología. Porque el pensamiento no se puede comprender á sí mismo más que por la ley general de la evolución, que hace salir los distintos del indistinto. Por esto llegamos á explicar un hecho por otro, sin poder llegar á un término absoluto. La naturaleza es un círculo incommensurable, cuyo centro está en todas partes, y cuya circunferencia no está en ninguna.

Ardigó ha dejado absorber demasiado la teoría del conocimiento por la teoría de la evolución. Psicológica ó biológicamente considerada, la evolución del pensamiento no es, en verdad, más que un ejemplo de las leyes generales de la evolución. Pero el problema del conocimiento se plantea tan pronto como se procura investigar el modo de fundamentar el valor de las leyes generales que creemos encontrar, tanto para el pensamiento como para los otros fenómenos. Este problema no cesa de existir, por el mero hecho de referir á la ley de la evolución, como término general, todos los fenómenos. Aun aquello que caracteriza al pensamiento, es el ser instrumento por medio del cual toda evolución y toda ley del pensamiento, como de las otras cosas, se concibe y se

(1) Quando il pensiero perdi di vista l'infinito fissandosi nel distinto finito é costituisse la stessa forza della logica del suo discorso. *Formaz. nat.*, pág. 136 (*Opere filos.*, II).

expresa. La cuestión es, por lo tanto, ésta: ¿qué valor tiene esta concepción y esta forma que la expresa? (1).

4.—PSICOLOGÍA

Ardigó tomó con ardor entre sus manos la causa de la *autonomía* de la Psicología como ciencia experimental, y en esto fué auxiliado, no solamente por su gran talento de descripción y de análisis psicológico, sino también por su conocimiento de las ciencias físicas. Sus gustos y aptitudes psicológicas siguieron dos direcciones. Por una parte, trató de encontrar en la vida psíquica una trabazón más estrecha que la que en la simple observación se muestra; trata de aplicar la continuidad, no sólo á los estados conscientes, sino también á la relación de éstos con los inconscientes. Por otra parte, procura hacer ver matices y variedades más sutiles, que las que da á conocer la observación ordinaria; así es como se sostiene que los estados psíquicos que parecen uniformes, se componen en realidad de movimientos rítmicos. Algunos de sus discípulos más distinguidos, como el fisiólogo Julio Fano y el criminalista Enrique Ferri, han insistido, sobre todo, en el libro de oro dedicado al viejo filósofo, en las particularidades de su enseñanza. Aquellas son las dos direcciones que sigue y debe seguir toda investigación; pero Ardigó, como lo muestra su teoría de lo *Indistinto* y de

(1) Ardigó se hace cargo muy bien de que el valor no depende de la semejanza del pensamiento con el objeto pensado, sino de la naturaleza interna del pensamiento. *La psicología como ciencia positiva*, pág. 228, «Obras filosóficas», I. Pero esto no explica el valor. En otro pasaje (véase *La unidad de la conciencia*, pág. 441. «Obras filosóficas», VII, considera la verdad como una propiedad del pensamiento (una *qualità del pensiero*). Pero si el pensamiento es un fenómeno con el mismo título que los demás fenómenos, ¿qué es lo que esta cualidad del pensamiento tiene que ver con estos últimos? Se presenta aquí en Ardigó cierto dogmatismo.

los *Distinti* y su recíproca relación, supo verlas bien desde luego y procuró reunir las.

Sus obras capitales en psicología son: *La psicología como ciencia positiva* (1870) y la obra que él mismo designa como su testamento filosófico: *L'unità della coscienza* (1898).

La psicología procura estudiar, según Ardigó, nuestros estados internos, cuya característica común está expresada por el concepto del alma. El hecho que sirve de punto de partida á la psicología es subjetivo; pero hay que examinarlo de una manera objetiva, fisiológica. Este doble aspecto nos muestra la diferencia que existe entre los fenómenos psíquicos y los demás fenómenos. Pero por muy grande que sea la importancia que las investigaciones fisiológicas tengan para la psicología, la fisiología, sin embargo, no podrá nunca reemplazar á la psicología. Lo que hay es que los fenómenos psíquicos y los fenómenos fisiológicos son manifestaciones de una *substancia* única, la substancia psicofísica, ó como Ardigó lo dice mejor, la realidad psico-física (*realità psicofisica*).

En sus últimas obras (donde expone la teoría general de la evolución), la realidad psico-física se confunde con el *Indistinto* (1). Existe una totalidad natural que precede á todas las diversidades que consideramos como alma y como materia y les sirve de base. El concepto de lo *Indistinto* expresa aquí, como en todas partes, la unidad y la solidaridad. El materialismo y el espiritualismo se basan en simples abstracciones. Considerada fisiológicamente la operación mental, está unida á procesos físico-químicos. Considerado psicológicamente el elemento material, lo mismo que el elemento psíquico, solo

(1) En una edición posterior de su *Psicologia* (1882), Ardigó hace seguir su exposición de la «realidad psicofísica», de la nota siguiente: «Esta expresión, substancia psicofísica, no es otra cosa que lo indistinto natural precedente, y que está debajo de los dos fenómenos distintos del mundo de la psiquis y del de la materia» (pág. 387).—El concepto de lo indistinto fué introducido por primera vez en el opúsculo *La formación natural* (1897).

se nos presenta bajo la forma de sensación y representación; no conocemos el movimiento y el pensamiento, sino en calidad de actos psíquicos. En lugar de preguntar cómo la materia puede convertirse en alma, sería más exacto preguntar, cómo nuestras representaciones más indistintas en su origen, llegan poco á poco á diferenciarse de tal modo, que unas se nos presentan como manifestaciones de un yo, y otras como manifestaciones de un no yo. La concepción popular, materialista, proviene, según Ardigó, de que no se tiene en cuenta que debemos á funciones psíquicas cualidades como la extensión, el movimiento, el color, el olfato y todo lo que se designa con el nombre de cualidades segundas.

Sin embargo, la idea de realidad psico-física no nos proporciona ninguna explicación, y con respecto á esto Ardigó insiste mucho. No tiene otro valor que el de afirmar una síntesis, que tenemos que resolver en nuestras abstracciones. La compara á la idea de gravitación, que tampoco da una explicación. Al porvenir corresponde encontrar una explicación real. El positivismo no está obligado á llegar á la conclusión. No podemos ir más allá de un concepto provisional. En cuanto á la naturaleza íntima de la relación, somos incapaces de determinarla. Pero este enigma no es para Ardigó el único problema. ¿Cómo puede ser equivalente un pensamiento á un movimiento? y este enigma para él no es mayor que este otro: ¿cómo una bola de billar puede poner en movimiento á otra mediante el choque? En toda la naturaleza no conocemos las relaciones de simultaneidad y sucesión más que por medio de la experiencia y no por medio de una visión que se sumerja en la esencia íntima de los términos. Al hacer esta observación, Ardigó pierde de vista, sin embargo, el hecho que la ciencia tiende á substituir, siempre que sea posible, una unión de miembros homogéneos, á la unión exterior de los diversos fenómenos, y que consigue así un grado superior de continuidad. Cuanto mayor es la resistencia que encuentra esta tendencia, más hay que calificar de enigmático el fenómeno con el cual chocamos ó tocamos.

En su testamento filosófico, su libro sobre la *Unidad de la conciencia*, Ardigó manifiesta su admiración al presentimiento genial de que Kant hace gala en su teoría de la unidad de la conciencia. Sin duda Kant no estuvo en lo justo al admitir una gran oposición entre la materia y la forma del conocimiento; pero se apoderó de la idea científica fundamental de la psicología. Según Ardigó, se produce en la vida de la conciencia un proceso ininterrumpido de composición y de síntesis, al cual, en cierto sentido, cooperan todas las disposiciones innatas y adquiridas y todos los elementos nuevos. Desde el principio hasta el fin hay una solidaridad de todas las funciones psicológicas, una tendencia permanente de estas funciones á fundirse en un todo único. Esta tendencia á la «confluencia mental» (*confluenza mentale*) sirve de fundamento, entre otras cosas, á la asociación de representaciones. Muchas veces no se le descubre sino dirigiendo las miradas á los puntos de partida ó á los intermediarios inconscientes, y por este motivo, sobre todo, es indispensable la ayuda de la fisiología para el estudio de la psicología. La unidad, que es la nota distintiva de la vida consciente, no puede explicarse como simple producto de la colaboración de elementos múltiples, porque no descubrimos estos elementos más que por una distinción que supone siempre una totalidad anterior. En general, la observación de la vida consciente es la que nos proporciona nuestros conceptos de unidad y de pluralidad. Siempre que hablamos de la unidad y de la diversidad del mundo, hemos deducido estos conceptos y la idea de su unión de la vida consciente. El microcosmo y el macrocosmo se explican recíprocamente.

5.—MORAL

La moral de Ardigó tiene por base las mismas ideas fundamentales que caracterizan á las demás partes de su filosofía. El individuo se desenvuelve en la sociedad, y con relación á ella, se encuentra en la misma situación que el ele-

mento tomado aparte (*distinto*) respecto á la totalidad (*indistinto*). La sociedad, como el sistema solar y el pensamiento, se desenvuelve en un proceso natural (*formazione naturale*), que corresponde describir á la sociología y que la ética presupone. La ética tiene por objeto (á título de *nomología*, en oposición á la sociología, que es *nomografía* y *nomogonía*) el distinguir los elementos de la vida social que han perdido su importancia, de aquellos que pueden hacerse fecundos de una manera vieja ó moderna. De este modo deja abierto el camino á la moral práctica del porvenir.

En razón de la unión originaria y permanente del individuo con la vida social, se desenvuelve en él un sentimiento antiegoísta. (Ardigó prefiere esta expresión á la palabra «altruismo.») Las representaciones humanas sacan su primer contenido de los medios sociales. Los juicios y los gustos de estos medios son, por algún tiempo, válidos para el individuo. Pero todas las representaciones tienen, desde su origen, un carácter impulsivo, una inclinación á transformarse inmediatamente en acto; y si distinguimos el pensamiento y la acción, esto solo proviene de una diferenciación (*distinzione*) ulterior. En el concepto de la idealidad social (*idealità sociale*), Ardigó reúne, al fin, estos dos hechos: el contenido social de las representaciones, involuntariamente recibido, y el carácter originariamente impulsivo de las representaciones. Por idealidad entiende el poder para dejarse determinar por ideas cuya importancia no es meramente momentánea. La idealidad social se desenvuelve ya en la familia, considerada como comunidad permanente, que conserva y protege los gérmenes de la raza futura. El sentimiento de la familia es un hogar que puede extender su calor á mayores esferas. El ideal social tiene muchos grados y múltiples formas. Se aprende por imitación y por repetición. En toda esta teoría, Ardigó desenvuelve una serie de ideas que se encuentran en la antigüedad, principalmente entre los estóicos, en los tiempos modernos en Adán Smith, y en nuestros días en Tarde, Leslie, Stephen y Baldwin. La idea que se forma Baldwin de la he-

rencia social, convendría muy bien á la filosofía de Ardigó.

El ideal social no está desenvuelto en la misma proporción entre todos los hombres, aunque se puede afirmar que la capacidad de obrar de un modo no egoísta, está contenida en la naturaleza humana. Tenemos buena prueba de ello en el amor familiar, así como también en la simpatía involuntaria, en la necesidad de honores que en un egoísta, para hablar con propiedad, carece de sentido, y en la indignación que producen las sinrazones y las injusticias. En su punto culminante, el sentimiento moral se convierte en una especie de furor sagrado (*furoe santo*), que impulsa al hombre á hacer el sacrificio de sí mismo, sin pensar en una ventaja propia, esperando que de las ruinas trágicas de lo humano surja lo eterno y lo divino (*eterno divini, che sorge delle ruine tragieba dell'humano*, expresión que Ardigó toma de un escritor italiano, de la misma tendencia que él). La representación teológica de la gracia tiene de verdadero el que exista una necesidad involuntaria, una inclinación apasionada, que conduce al hombre á actos desinteresados.

Tal modo heroico de obrar es posible sin religión, del mismo modo que la ética es completamente independiente de la religión, si se entiende por esta palabra, no una relación con lo infinito (según la definición de Max Müller), sino una relación con lo sobrenatural. El concepto científico de lo infinito está en abierta oposición con lo sobrenatural: designa la función continua, cuya forma limitada y singular es lo finito. Lo infinito es la ley por la cual está condicionada la esencia propia del individuo; y esto hace comprender la paz profunda que experimenta el individuo cuando están satisfechas sus aspiraciones hacia lo infinito. El positivista encuentra, pues, lo infinito en sí mismo, cuando adquiere conciencia de la ley de su sér. Aquí encontramos de nuevo la relación del elemento á la totalidad (*de lo distinto á lo indistinto*). La representación de lo sobrenatural nace, por el contrario, cuando la ley de las cosas está transformada en un hecho muy distinto de la acción de las cosas, y que no puede po-

nerse en relación con lo que ocurre en la naturaleza más que de un modo exterior.

El concepto de lo sobrenatural no caracteriza, sin embargo, más que un aspecto de la religión, su aspecto teórico: no constituye su esencia total. Lo esencial es la relación de dependencia, en la cual el sentimiento del hombre le hace colocar ante lo sobrenatural en relación con todo lo que, siendo feliz ó desgraciado, puede acontecerle. Primitivamente era santo lo que se temía: el temor crea los dioses. En todo caso, el sentimiento religioso no es, como se ha sostenido, un sentimiento absolutamente simple é indescomponible (1). Precisamente el elemento de temor se elimina cuando se pasa de la religión á la conciencia científica, que en lugar de la representación de un ser misterioso, hace siempre que la ley sea decisiva para el destino humano. La religión encuentra siempre á su paso un ideal social y se lo apropia; de aquí proviene la independencia de la moral respecto de la religión. Aquí hay muchas transacciones posibles; pero siempre se termina por llegar á una opción necesaria. De la conservación artificial de la religión resultará solamente el hecho de que el pueblo no se dé cuenta ni aperciba cuando los tiempos de la religión hayan pasado en realidad.

La psicología religiosa, que Ardigó toma por fundamento, es bastante elemental; no abordó una discusión completa del problema religioso. Su punto de vista está esencialmente determinado por sus gustos intelectuales, y aun me atrevería á asegurar, por un efecto del contraste, que naturalmente tenía que resultar de la oposición muy pronunciada entre su concepción filosófica anterior y su segunda concepción. Pero lo que no puede menos de causar asombro es que la religión, después de volverle la espalda pueda presentársele aún como

(1) Ardigó sostiene aquí una polémica, especialmente con Mamiani. Véase el opúsculo *La religión de F. Mamiani*, en las «Obras filosóficas», I, 2.º.

un «recuerdo poético», mientras que considera el temor como el primer germen de toda religión, tanto bajo las formas más rudimentarias, como bajo las más elevadas. Este pensador enérgico no puso á contribución aquí sus propias y reales experiencias.